



CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA
(Véase el número anterior.)

LECCIONES HISTÓRICAS

PARA USO DE LA JUVENTUD.

Hace tiempo que empecé á escribir esta obra, cuyo objeto es presentar un bosquejo histórico-filosófico de las épocas más notables, para facilitar á los jóvenes el vasto y complicado estudio de la historia general, dándoles á conocer los principales sucesos acaecidos en el globo, como también los progresos de la civilización antigua y moderna.

Una penosa enfermedad vino á interrumpir mis tareas; pero restableciéndose de día en día mi salud, pienso en continuar la obra, si mereciese la aprobación del público esta primera lección que le ofrezco por vía de ensayo, y que remito á V. para que tenga la bondad de insertarla en su apreciable periódico. B. L. M. de V. su atento servidor.—Eugenio de Tapia.—Señor director del SEMANARIO PINTORESCO.

EPOCA PRIMERA.

Testimonios históricos y geológicos del diluvio; alteracion que este causó en la constitucion física de la tierra, y formacion de las primeras sociedades despues de aquel espantoso cataclismo.

La verdad del universal diluvio en que perecieron todos los seres, excepto los salvados en el arca de Noé, segun el testimonio infalible de Moisés, fué tambien conocida por los gentiles, que la desfiguraron mezclando con ella fábulas absurdas.

Véase cómo habla de aquel terrible acontecimiento Berosé, historiador antiquísimo de los caldeos: «Después de la muerte de Ardates (uno de los mas antiguos reyes de Babilonia) reinó su hijo Xisutro, en cuyo tiempo acaeció un gran diluvio que se halló descrito de este modo. La deidad Creno se le apareció en una vision, asegurándole que en el día 15 del mes Daedio habria una inundacion, con la cual seria destruido el género humano. Mandóte pues que escribiese una historia del principio, progreso y acabamiento de todas las cosas, y la

enterrase en Sipars (la ciudad del sol); que construyese un buque, metiéndose en él con sus amigos y parientes, llevando á bordo todo lo necesario para sustentarse, y con todos los diversos animales, asi volátiles como cuadrúpedos, entregándose sin miedo á las aguas. Y habiendo preguntado á la divinidad adónde dirigiria el rumbo, le respondió que hacia los dioses; despues de lo cual hizo una plegaria al cielo por el bien del linaje humano. Ejecutó luego lo que le habia sido mandado, construyendo un bajel que tenia cinco estadios de largo y dos de ancho. En él metió cuanto habia preparado, y en seguida se embarcó con su muger, sus hijos y amigos. La inundacion cubrió algun tiempo la tierra, y cuando ya fué cesando, Xisutro soltó algunas aves del buque, pero no encontrando estas alimento ni páraje donde reposar, volvieron al bajel. Pasados algunos dias las envió segunda vez, y entonces volvieron con las patas cubiertas de cieno. Hizo el tercer experimento con las mismas aves, y ya no volvieron, de lo cual intruyó que la superficie del globo estaba ya seca y habitable (1).

También es notable el fragmento siguiente de Nicolás Damasceno: «Hay en la tierra de Armenia una montaña muy grande llamada Batis, á la cual, segun dicen, se retiraron varias personas en tiempo del diluvio, especialmente una de ellas que arrojó alli en un arca, y desembarcó en su cumbre, habiéndose conservado largo tiempo los restos de aquella embarcacion. Acaso era este el mismo individuo de quien hace mencion Moisés, legislador de los judios.» (2)

Los escritores griegos y romanos hablaron de dos diluvios, á saber: uno el de Ogyges, y otro el de Deucalion. Varron suponía acaecido el primero cuatrocientos años antes de Ynaco, esto es, mil y seiscientos años antes de la primera olimpiada, ó dos mil trescientos setenta y seis antes de Jesucristo, y comparada esta data con la del texto hebreo, no resulta mas que una diferencia de veintisiete años.

A los referidos testimonios históricos se agregan las pruebas geológicas que guarda la tierra en su seno para memoria de aquellos ca-

(1) Mr. Preston Cary, *Ancient Fragments of The phoenician, chaldean, syrian, and other writers*. London, 1852. En esta obra reunió el autor muchos de los fragmentos de aquellos antiguos escritores que se encuentran dispersos en varias obras de la antigüedad; con lo cual ha hecho un señalado servicio á los que estudian las letras.

(2) Nicolás Damasceno vivió en tiempo de Augustus. Este fragmento de su consuetud en las antigüedades judaicas de Jassó, libro 1, capítulo III, y en la preface de los evangelios de Eusebio.

lástrafe españolas. Son tan evidentes y copiosas estas reliquias, que el célebre naturalista Mr. Cuvier no vaciló en decir con toda seguridad: «Opino con las señoras Deluc y Dolomieu, que si podemos tener absoluta certeza en algún punto de geología, es sin duda en el presente, á saber: que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una gran y repentina inundación, cuya época no puede remontarse más que á cinco ó seis mil años; que esta revolución sumergió é hizo desaparecer los países que habitaban antes los hombres y las especies de animales más conocidos en el día, dejando en seco el fondo del antiguo mar, por cuyo medio se han formado los terrenos que actualmente habitamos: que desde la época de esta revolución el corto número de individuos que se salvó de ella, se esparció y propagó en los países que quedaron en seco, y por consiguiente que desde este tiempo precisamente es cuando han tenido origen y curso progresivo las sociedades humanas; y cuando han formado establecimientos, erigido monumentos, recogido hechos naturales, y combinado sistemas científicos.» (1)

El doctor Buckland, que escribió expresamente una obra para tratar de las reliquias del diluvio, dice lo siguiente: «En el transcurso de mis viajes geológicos apenas andaba una milla sin encontrar depósito de cascajo y margas ó arena, en tal disposición, que no podía atribuirlo á la acción de torrentes, ríos, lagos ú otros cualesquiera causas de las existentes. Y con respecto á otros fenómenos del diluvio todavía más sorprendentes, varios viajeros geólogos plantan la mayor parte del hemisferio boreal desde Moscov á Misipi enajada de troncos de granito y otras rocas de enorme magnitud, lanzadas algunas (por la mayor parte en dirección de N. á S.) á distancia de muchos centenares de millas de su primitivo asiento, habiendo cruzado montañas, valles, lagos, y aun mares, por la fuerza de una corriente que debió de haber tenido una velocidad, á la cual nada puede compararse en el estado actual del globo.» (2)

«Los Alpes, dice el mismo autor en la obra citada, los montes Carpáticos, y otras regiones montañosas, están hoy testiguando la fuerza de aquella corriente que modificó las sierras y cordilleras, y en cuyos valles he encontrado siempre el cascajo diluvial, tan diverso del que posteriormente al diluvio arrastran las montañas, los ríos ó los torrentes. Á los comprobantes anteriores se agregaron los siguientes. Cerca de Senca Fè de Bogoté, en la América meridional, se encuentran entre el cascajo diluvial los huesos del mastodonte á la altura de 7,600 pies sobre el nivel del mar; y en las cordilleras á la de 7,200 pies, cerca del valle de Umbabarra, en el reino de Quito, Mr. Humboldt encontró una familia de una especie no existente ya en el Continente en Huehuacota, en la llanura de Méjico. En el monte Himalaya del Asia central se ha encontrado á la altura de 16,000 pies sobre el nivel del mar, huesos de caballo y de cuervo, que se hallan hoy depositados en el Real Colegio de cirujanos de Londres. En la parte septentrional de la Siberia se ha descubierto un prodigioso número de huesos fósiles de elefante, que no presentan el menor indicio de haber sido transportados allí de otra parte. Desde el Don á Tanais al Tíber y Volga, apenas hay un río en cuyas orillas no se encuentren huesos fósiles de elefante, ó mezclados en la materia diluvial, ó mezclados ligeramente en ella con algunas producciones marinas. Pero el hecho más extraordinario es, que de todos los parajes del mundo, los más poblados de huesos de elefante son ciertas islas del mar glacial. Las de Laitof se hallan formadas en gran parte de huesos de elefante, búfalos etc., mezclados con arena y plantas fósiles. Con ellos se encuentran también mezclados los huesos de sus pequeños compañeros los rinocerontes, los hipopótamos, los mastodontes y tapires.» (3)

Uno de los efectos más inmediatos del diluvio fué el enfriamiento de la tierra, que debió de ser repentinamente, como se infiere del hecho siguiente, referido por el geólogo inglés en la obra citada. El año de 1705 se descubrió á orillas del río Lena un elefante antediluviano, tan perfectamente conservado con su pelo y carne, que comieron de ella los perros.

Otra causa que alteró la constitución física del globo en tiempo del diluvio, fué el aumento de superficie de los mares, y consiguiente disminución de la tierra seca. Y aunque no sé posible en el día afirmar cuál era la proporción antigua entre los mares y la tierra, de las observaciones que han hecho los más acreditados geólogos resulta, que en el mundo antediluviano la superficie de la tierra seca era mayor que en el presente. El nuevo equilibrio entre los aguas y los terrenos secos fué un beneficio dispensado por el Supremo Hacedor á las nuevas generaciones que habían de repoblar el mundo. Este no se vio ya es-

perado á otra inundación general, según la promesa del Criador, ni á aquellas violentas erupciones de los fuegos internos que debieron producir con frecuencia en la época antediluviana, según las observaciones del geólogo Mr. Vre (4).

Pasando ahora á tratar de las primeras sociedades formadas después del diluvio, convendrá subir hasta el origen del linaje humano para dar una ligera idea del estado progresivo de la sociedad primitiva, cuya civilización heredaron los descendientes de aquellos primeros hombres.

Noisés, partiendo del gran principio de que Dios creó al hombre á su imagen y semejanza, le supone dotado en su origen de una alta virtud y capacidad intelectual. Después se degradó por su desobediencia al Creador, viéndose condenado á adquirir el sustento con el sudor de su rostro: en consecuencia empezó á cultivar la tierra, y á apacentar ganados, ocupación en que se ejercitaban sus primeros hijos, Abel y Cain.

Aumentándose el género humano se inventaron otras artes. Por de contado consta en el capítulo 4.º del Génesis, que Cain, fugitivo, fundó una ciudad, lo cual no hubiera podido hacer sin los conocimientos y medios necesarios para tamaño empresa. También se ve en el mismo capítulo 4.º inventado el arte de trabajar á martillo toda obra de cobre y hierro: se habla asimismo de Tubal, padre de los fundidores de estaño y órgano, y de Label, progenitor de los que habitan en licudas, cuya fabricación supone otra especie de artefacto. Corrompiéndose después más y más los hombres, creció el lujo, y con él se inventaron otras artes de mayor refinamiento; debiendo suponer que estas se habían multiplicado en el tiempo que medió desde la creación al diluvio.

Este acabó ciertamente con la primitiva civilización, pero no con todos los conocimientos y tradiciones, por haberse conservado algunos de los hombres que pertenecieron á la época primitiva. Noé, después de la salida del arca empezó á ejercer su antigua profesión, que era la de agricultor, en la cual le ayudaban como era natural sus hijos. Para el ejercicio de este arte precisamente había de tener los instrumentos indispensables, y es de inferir que los hubiese conservado en el arca ó nave, como también otros utensilios que pudieran serle de utilidad para sus necesidades domésticas. Asimismo es de creer que él y sus hijos conservasen por lo menos algunos conocimientos tradicionales acerca de los oficios más indispensables en una sociedad, mayormente habiendo dirigido Noé la construcción del arca ó barge, en la cual debieron emplearse carpinteros, herreros, calafateadores y otros operarios.

La sociedad pues volvió á comenzar después del diluvio, según la sagrada Escritura, de un modo digno y correspondiente á un ser racional, esto es; ocupándose los primeros individuos en labrar la tierra, que es una de las más nobles y útiles profesiones.

Los ilustrados árabes eran de esta misma opinión. Abu Zacaria en su libro de agricultura dice lo siguiente: «Dícese que el primero que aró y sembró la tierra fué Adán, inspirándole Dios, y enseñándole por una especie de instinto interior la ciencia necesaria para esto; después su hijo Seth y Edris ó Enoc. Pasado el diluvio, los que salieron del arca ninguna otra cosa se propusieron sino dedicarse á la agricultura con la dirección que les dió Noé.» (5)

No existió pues el tiempo en que los hombres vivieron á manera de brutos, según la opinión de muchos escritores antiguos y algunos modernos, de cuyas absurdas fábulas voy á dar algún conocimiento á mis lectores.

Empezando por el historiador caldeo Beroso, ya estado, tratando del origen de la civilización de su país, dice lo siguiente: «Había en Babilonia por aquellos tiempos (los inmediatos al diluvio) gran influencia de gentes de varias naciones que vivían sin ley á manera de bestias. Mas no tardó en aparecer á orillas del mar Eritreo, que linda con aquella ciudad, un animal llamado Qanes, cuyo cuerpo era de pescador, si bien bajo la cabeza de tal otra parecida á la del hombre, y pies como este adherentes á la cola, según acredita su retrato que se ha conservado hasta el día. Este animal tenía costumbre de pasar el día entre los hombres, aleccionándolos en las ciencias, las letras y las artes; pero al ponerse el sol se retiraba al mar, donde pasaba la noche, porque era solitario.» (6)

Dionoro Sículo dice expresamente que la yerba y el fruto de los árboles fueron el alimento primitivo de los hombres, y Plutarco asegura que en los primeros tiempos los hombres comían el musgo y las

(1) *Discursos con las señoras Deluc y Dolomieu*, París, 1810, página 280.

(2) *Del diluvio diluviano*. Tal es el título de la obra en que el sabio inglés da las noticias que he copiado, haciendo otras observaciones geológicas muy atinadas y profundas.

(3) *El geólogo inglés Mr. Vre refiere todos estos hechos y otros muy curiosos comprobados de innumerables observaciones, en su obra intitulada: A New System of Geology*, y impresa en Londres, año de 1827.

(4) Mr. Vre en la obra citada, libro III, páginas 184 y siguientes.

(5) Prólogo de la obra, parágrafo 3.º Traducción castellana del señor Esquerri.

(6) Mr. Preston Cory, *Antient fragments etc.*, página 25.

La pintura del animal arriba de Beroso existía tal vez en el templo de Boly, cuyas georgías le sirvieron de parte para su historia. Este peregrino del anteo debe presentarse sin duda, aunque á sabiendas, á Noé en dos épocas, cuando éste dejó aquella tierra, á saber: el tiempo que anduvo errante por las aguas, y su salida de ella para cultivar la tierra y verter los cimientos de una nueva civilización. El mismo nombre de Qanes está en un fragmento de Noé ó Noé.

partezas de los árboles, saltando de alegría cuando castroraban bellotas.

Los poetas latinos engalanaron estas mismas ideas pintando como salvajes á los primeros hombres. Há aquí algunas versos que lo acreditan.

Virgilio dice lo siguiente en el principio de sus *Georgicas*:

Citiantiam pingui glaudem mutavit oratio.

Aun está mas expresivo Lucrecio en los siguientes:

*Necdum res scibant tractare, neque uti
pellibus, et spoliis corpus vestire ferarum.
sed memora atque caecos montes silvasque colebant;
et frutices inter condabat squallida membra.*

Horacio dice en la 5.^a sátira del libro I:

*Cum prorsperunt primis animalia terris
mutum et torpe pecus, glaudem atque cubilia propter
unguibus et pugnis, dein fustibus, atque ita porro
pugnabant armis quam post fabricaverat usus.*

El autor anónimo del *Origen de las primeras sociedades*, adoptando las fábulas de los antiguos, dice los disparates siguientes (1):

«La yerba y los frutos silvestres fueron el único y primer alimento del hombre. De aquí el respeto supersticioso que tenían los antiguos á la selva de Dodona. Por otra parte, su desnudez y la ignorancia de las mas gruesas artes los esponían á la rabia de las fieras, porque segun dice Diodoro, ignoraron largo tiempo el uso del vestido y de las cabañas, y no formando entre sí sociedad alguna, se hallaban necesariamente sin defensa, á merced de los leones, de los osos y tigre.»

«Muchos años, muchos siglos tal vez, duró este embrutecimiento general de la especie humana, cuando un acontecimiento para siempre memorable vino á mudar enteramente la faz del globo. Un rayo cayó en un árbol de los que coronaban una montaña, segun refiere Diodoro Sirulo, y comunicándose el fuego á todas las ramas, resultó una hoguera. Sobrevino la noche, y uno de los hombres que habían presenciado aquel fenómeno, huyéndose cerca del árbol incendiado, experimentó una separación agradable, que fué aumentando cuanto mas se acercaba. El calor que se exhalaba del árbol secaba insensiblemente la humedad de que se hallaba cubierto el hombre, y al mismo tiempo le servía de preservativo contra el incómodo frio que sentía.»

«Fué pues el primero que empezó á discurrir que el fuego podría ser un benéfico agente. Hasta entonces los otros hombres apenas lo habian conocido, ó lo habian mirado como una terrible calamidad de la cual hoián con espanto, procurando apagarlo con un sagrado horror, si casualmente el rayo producía un efecto igual al que acabo de describir.»

«Empero el hombre audaz, de quien he hablado, arrastrando las preocupaciones de sus padres y contemporáneos, se atrevió á nu ver en el fuego sino beneficios. Aun hizo mas, y fué el comunicar á los otros hombres su descubrimiento y osadia. La intrepidez es una calidad perteniente á un reducido número de sujetos, si bien con el ejemplo se comunica fácilmente á otros. El primero que vió en el fuego un elemento saludable fué un héroe, una alma privilegiada, un hombre naturalmente intrépido. Los que siguieron su ejemplo y le ayudaron á perpetuar este nuevo fenómeno, fueron después de aquel los hombres mas animosos. La posteridad los conoció bajo los nombres de Curetes, Telones, Cábicos, Coribantes, dactílicos, ideos, palahras todas sinómitas, si heuce de creer á Strabon. Tambien fueron llamados titones, titones, ciclopes, etc.»

Orillando ya tales delirios poéticos y filosóficos, veamos cuáles fueron las emigraciones de aquella sociedad compuesta de Noé, su familia y los inmediatos descendientes de la misma. Algunos autores suponen que residió primeramente en la Armenia, y esto parece probable por cuanto aquel país es montañoso, con fértiles valles, y debe de presumirse que no quedaria tan pantanoso con las aguas del diluvio como las regiones mas llanas, adonde se trasladaron mas adelante aquellas familias. Esta traslación debió de hacerse primeramente á una región mas oriental que la Armenia, de la cual pasaron posteriormente á los fértiles campos de la Mesopotamia (2). Allí hubieron de permanecer, hasta que aumentándose excesivamente y no pudiendo mantenerse juntos, proyectaron edificar una torre y una ciudad que hubiesen célebre su nombre antes de separarse y derramarse por toda la tierra. Algunos suponen que lo que les movió á adoptar el pensa-

miento de edificar una altísima torre, fué el libertarse en caso de otro diluvio al Dios la curvino. Pero en la Escritura nada se dice de esto; y solo se indica que se movieron á ello con el fin de grandjarse un nombre célebre á immortal en la posteridad; fuera de que para este fin no la hubieran construido en altura, sino en la elevacion de alguna montaña (1).

«Ocupados en su obra descendió el Señor, dice la Escritura (2), para ver la ciudad y la torre que edificaban. Los hijos de Adán, y dijo: he aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo; y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra. Venid pues (3), descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra; y desde allí los esparció el Señor sobre la faz de todas las regiones.»

Este acontecimiento tan memorable de la construcción de la torre, y la confusión de lenguas, se refiere no solo en la Sagrada Escritura, sino en algunos autores gentiles, aunque desfigurado, como resulta de los siguientes fragmentos que se han conservado de sus obras. El historiador Beron dice lo siguiente: «Aseguran que los primeros habitantes de la tierra, unidos con su fortaleza y poderosa estatura, despreciando á los dioses, emprendieron la construcción de una torre, cuya punta llegase hasta los cielos, en el sitio donde hoy se levanta Babilonia; pero cuando ya se acercaba al firmamento, vinieron los vientos en ayuda de los dioses, derribando la fabrica sobre sus mismos constructores: las ruinas, segun dicen, existen todavia en Babilonia. Los dioses introdujeron diversidad de lenguas entre los hombres, que hasta aquel tiempo habian hablado un mismo lenguaje, y se acordó la guerra entre Cronó y Titán. El sitio en que edificaron la torre se llama hoy Babilonia, á causa de la confusión de lenguas, porque los hebreos llaman babel á la confusión.» (4)

Un fragmento del antiquísimo historiador griego Herodo dice lo siguiente: «Los sacerdotes que escaparon se llevaron consigo todos los utensilios y ornamentos del culto de Júpiter engañado, encaminándose á Senoar en Babilonia. Empero lanzados tambien de allí, fundaron colonias en varias partes, estableciéndose cada uno en el sitio que él creyó ó la direccion de Dios les designaba.» (5)

Otro fragmento de Rapolemo dice lo siguiente: «La ciudad de Babilonia debe su fundación á los que se salvaron de la catástrofe del diluvio... fueron estos gigantes, y edificaron la torre de que habla la historia; pero destruida por el poder de Dios, se esparcieron los gigantes por toda la tierra.» (6)

Alejandro Polyhistor se aplica del modo siguiente: «La Sibila dice que cuando todos los hombres hablaban el mismo lenguaje, algunos de ellos proyectaron construir una ojivada y elevada torre á fin de poder escalar el cielo. Pero Dios omnipotente, enviando un huracan, confundió su designio y dió á cada tribo su peculiar lenguaje; por esto se puso á la ciudad el nombre de Babilonia. Después del diluvio vivieron Títan y Prometeo, el primero de los cuales hizo la guerra á Crono.» (7)

Los versos de la Sibila á que se refiere Polyhistor son los siguientes:

«Cuando en los campos de la Asia el cielo se alzó la torre y del linaje humano una era el habla, ejecutar dispuso omnipotente Dios su justo fallo. Mando terrible dió desde el empero al mundo huracan que rebatido soplo en la torre; vació convulsa y sus hondas elementos estentaban. La mútua inteligencia entre los hombres desde entonces cesó por el mandato de un ceullo poder: hablar querían, mas la expresión faltaba al torpo infio, que solo articular pudo un sonido penoso y buhuciente. A tal fracaso debió aquel sitio de Babel el nombre, así por los apóstatas llamado. Este el origen fué de los imperios; y así el mundo después se vió poblado (8).»

(Continuará.)

(1) *Sán, Biblia traducida*, tomo 1.^o, página 67, nota 2.^a
(2) Capitulo 11 del Génesis, versículo 5 hasta el 10.
(3) Los poetas antiguos usaron en estas palabras la distinción de personas en Dios. *Biblia de San*, tomo 1.^o, página 69, nota 4.^a
(4) Euseb. *Preparat. Evang.* libro 9. Syuall. *Chronic.* 4.^a *Evang.* *Chronic.* 18.
(5) Joseph. *Antiquit. Jud.* Euseb. *Prepar. Evang.* 9.
(6) Euseb. *Prepar. Evang.* 9.
(7) Joseph. *Antiquit. Jud.* libro 1, capitulo 4. Euseb. *Preparat. Evang.* 9.
(8) Pueden verse los citados versos traducidos del griego al latín en la obra de Mr. Preston Cory. página 51 y 52.

(1) *Origen de las primeras sociedades*, página 11 hasta la 95. To *London* en S.^o *London*, impreso en Amsterdám, año de 1770.
(2) En el capitulo 11 del Génesis, versículo 2, se dice: «y como pastoreo de ovejas hallaba un campo en tierra de Senoar, y habitaron en ella.»

ESTATUA ROMANA DE CLUNIA.

Tenemos una verdadera satisfacción en poder ofrecer á nuestros lectores la primera copia que se ha sacado de la preciosísima estátua que, por fortuna de las artes, ha sido descubierta últimamente en la antigua Clunia, de cuyas respetables ruinas hablamos en este mismo periódico al principio de 1846, haciendo patentes su importancia, y los muchos é inapreciables tesoros que aun encierran, sin contar con los infinitos que se han ido encontrando por pura casualidad desde tiempo inmemorial.

En prueba de lo que acabamos de manifestar, aseguramos que si estuviesen reunidas las monedas y medallas de toda clase de metales, los canchales, los mosaicos, los utensilios de barro, hierro, bronce, etc., las lápidas, columnas, capiteles, arcos y demás antigüedades que la suerte ha puesto en poder de los habitantes del pueblecillo de Peñalba de Castro, dueños de la inmensa planicie que ocupó el convento jurídico cluniense, de fijo y de positivo habría y aun sobraría para formar un museo de los más completos y mejores.



Voyendo á la estátua que motiva estos ligeros apuntes, diremos que fué hallada por Santiago Lucas en una de sus posesiones de Clunia el 16 de febrero del año anterior, y que, gracias al celo de los señores juez de primera instancia y alcalde corregidor de Aranda de Duero, pudo evitarse que saliese de nuestra patria conducida por algun especulador, como por desgracia ha sucedido con otros objetos de la propia procedencia.

La referida estátua es de alabastro, tiene cinco piés de alta, pesa cerca de siete arrobas, representa una Didad encubierta con un manto: la labor es de lo más acabado y perfecto que existe; carece de brazos, los cuales podían ser de metal; y esto, y el ignorarse los atributos que tendría aquella en las manos, nos priva de saber lo que fuese ó la deidad á que estuviese dedicada; pero lo que sí se conoce á primera vista, es la obra maestra del artífice desahando con ella y sorprendiéndonos á los que hemos nacido después de más de 1700 años.

Es de advertir que debajo del sitio que ocupaba la estátua de que hablamos cuando fué descubierta en posición horizontal, inclinada un poco á la derecha y como una vara de la superficie, cubierta con una piedra tosca, se encontraron también á las tres varas de profundidad cinco columnas de mármol sin ninguna labor, fijadas ó apoyadas sobre una roca, tres trozos de jaspe que unidos se conoció eran una

lápida con la inscripción que sigue: *Por la salud del Emperador César, Adriano Augusto, la Colonia Cluniense.* Tres pequeñas alas de bronce con la cascarrilla de plata, una vasija de barro de forma cuadrada sostenida por cuatro piés de la propia materia con una abertura en medio de la parte superior, por cuya abertura puede introducirse una moneda del tamaño de un cuarto, unos pedacitos de marfil, y su fin: varias astas de hierro, una muy disforme.

Este hallazgo posterior nos hace presumir, pero con temer suma de equivocarnos por nuestra estremada ignorancia, si dicha estátua sería dedicada ó representaría á Diana Cazadora.

De todos modos no cesaremos de felicitarnos tanto por el casual encuentro de unos objetos tan curiosos que nos ha ocultado la tierra por un número considerable de siglos, como por no haber salido de nuestra patria.

Lo único que importa ahora es que se espongan á la admiración pública en el museo provincial de Burgos, y que no continen, como por desgracia sucede en la actualidad, metidos en el cajón donde se condujeron desde Aranda de Duero, dentro de uno de los cuartos más oscuros y retirados del gobierno de aquella provincia.

Relancio SALOMÓN.

CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

IV.

(ÚLTIMA.)

Cosa es con la cual no me puedo resignar aun, pero en fin, todos lo dicen, y debe de ser verdad, el que sean dos levantados sentimentales la gloria y el amor; pero yo veo que de desventura en desventura me han hecho rodar, desgraciado de mí hasta lo fondo del abismo en que me quejo, sin una voz que me consuele ni una mano que me ayude. ¿Qué hacer sin esperanza, con un corazón sensible, en este mundo estéril? No hay, Pólux, remedio para mi dolor. Hace algunos años, me acuerdo como si fuera hoy, cruzó por este valle una muger ideal: cuando levantaba los ojos al cielo, parecia un ángel que suspiraba por su patria: ¡qué hermosa era Virginia! Lástimada un día de mis lágrimas, que mejor aun que la cara tenia el corazón, me preguntó por mis penas; su voz, que vibraba como un timbre de plata, era tan dulce, que no pude resistir á sus instancias, y díjela que habia amado á una muger con locura, y tanto, que iba á ser el hombre más feliz de este mundo siendo su esposo, cuando la desgracia hizo que perdiera yo un ojo heróicamente, con lo que, es decir, sin el que, tube de parecer tan mal á mi prometida, que se rió de mí y se casó con otro. Los sollozos ahogaron la voz en mi garganta, y las lágrimas concluyeron mi relacion. Virginia escuchó con indiferencia mis cuñtas, y luego desapareció por entre los árboles, sin enjugar una de mis lágrimas ni murmurar en mi oido una palabra de consuelo. ¿Por qué no di, como mi padre, la última hoqueola en el campo de batalla? Solia pasearme aun despues de esto con ella en la orilla del mar, porque como era tan buena, no habia perdido del todo la esperanza de que se doliera de mí, cuando un dia hizo la casualidad (que otra cosa no pudo ser) que encontráramos á un jóven de hermosa presencia, que con los ojos bañados en lágrimas, sentado en una roca, contemplaba cómo las olas se rompían bajo sus piés. Yo me compadecí de él, y Virginia, como en otros dias á mí, le preguntó por sus pesares. Entonces él, como yo, la dijo: «El mundo era para mí un paraíso; amaba á una muger, y me iba á casar con ella, cuando un decreto impio me desterró para siempre de mi patria. Las lágrimas de Virginia concluyeron la historia del extranjero; comenzó á darle consuelos; y qué consuelos le daría, y qué necesidad tendría aquel hombre tan desgraciado de ellos, cuando dos meses despues, en las faldas de Virginia, olvidó los amores de su país!

¡Buena es el mundo! ¡buena! ¡buena! ¡buena!

¡Pobre extranjero! ¡Pobre tuerto! ¡Adónde iré, triste de mí, á verter esta ternura que me rebosa en el corazón y que me ahoga? ¡Las mugeres! las mugeres no valen ni mas ni menos, y las hago mucho favor, que Laura y que Virginia. Contestarán pues á mis palabras con una carcajada, ó enojándose de hombros pesarán. La amistad no satisface del todo los sentimientos de mi alma; y sin embargo era tan bueno Tadeo, que habia momentos en que me reconciliaba, que no es poco, con este mundo. ¡Pobre soldado! Tu viejo corazón; con qué placer latía contra el mio cuando me estrechabas al pecho entre tus trémulos brazos!... Tú sabes, Pólux, que Tadeo estaba ya muy achacoso cuando volví de la guerra; pero lo que ignoras, y esta es la mayor de mis penas, es que mis desgracias le acabaron. ¡Ay! jamás olvidaré en sus últimos momentos el fervor con que besaba la cruz de su espada. ¡Pobre hombre! Parecía pedir á aquella compañera de sus

campañas le abriera abarcó el camino de los cielos, como tantas veces le había abierto el de la gloria, al través de las líneas enemigas. Un albedío augusto reinaba en la atmósfera. El cura de la aldea levantaba los brazos en oración sobre aquella cabeza de anciano, en tanto que yo, con mi frente abrasada, trataba, aunque en vano, de reanimar sus piés, ya entumecidos con el frío de la muerte. No hubo remedio. Tadeo pronunció mi nombre, y me estrechó la mano, y miró al cielo, y... á Dios... se fué á reunir con su capitán. ¡Tadeo! ¡Tadeo! Lo que fué de mí no lo sé, porque el dolor me quitó el sentido; pero cuando volví en mí, de lo que sé me acuerdo es de que el cura, entre otras cosas, decía: «que mis lamentos ofendían al cielo; que Tadeo había concluido su misión sobre la tierra, y que Dios le había dado lo que más le convenía.» Yo no sé lo que podría convenir á Tadeo que no fuera pasar los días á mi lado; ni á quién podía hacer más falta que á mí, pobre huérfano, abandonado y sin apoyo en la redondez de la tierra! Pero el buen sacerdote decía lo contrario: y claro es que un hombre tan virtuoso y sabio, sus razones tendrían para ello. Oculté por lo tanto mis penas en el centro del corazón, y solo confío desde entonces mis gemidos á la soledad de los bosques, y mis quejas á las crestas de las montañas. Mi reducido huerto es el que ha ganado con mi melancolía, pues se me pasan los días y á veces las semanas sin salir de mi morada. ¡Si vieras qué hermoso estaba la primavera pasada! Mi flor predilecta es el jacinto blanco; á él también le debo de gustar: es tan delicado su aroma y su color tan puro, que no sé por qué me trae á los sentidos la imagen de una mujer. En medio del jardín tengo un

cestador cubierto de estas flores. A su sombra voy todas las tardes á leer mis libros favoritos: ahora el que más me conmueve es el Werther. Dos muchachos de seis á ocho años, el uno de cabellos de oro y de ojos azules, moreno el otro y de ojos negros, juegan mientras tanto en derredor de mí con sus cañales de caña, ó apoyan sobre mis rodillas sus cabezas de ángeles. Son los hijos de Laura, que con su permiso vienen á correr, como ellos dicen, al jardín de su amigo. Yo siempre les tengo alguna golosina, y ellos cada día me quieten más, y yo también á ellos, porque sus facciones me recuerdan las de Laura. Algunas veces me hablan de su madre, á la que no he vuelto á ver más, pero de la que sé, y es bastante saber, que vive feliz con su marido á un cuarto de legua de aquí. ¡Que los cielos le den toda la ventura que á mí me niegan! Porque ¡ay Polux! mi vida en este solitario albergue es un decaimiento continuo que va creciendo, creciendo. Mi alma, desatada y esparcida por un cuerpo enfermo, solo aspira á volar y perderse en el azul del cielo. ¡Con qué placer escucho los pasos de la muerte! Aquí, por las tardes, me siento al lado de la ventana á despedirme de este valle de mi juventud. Una docena de saucos, al margen del río, inclinan con amargura sus desmelenadas cabezas. ¡Árboles queridos! El cura me ha prometido enterrar mi cuerpo en aquel apartado lugar. Descansaré pues á tu sombra amiga. El ruido de sus copas agitadas por el viento serán los solos cánticos de mi entiero, y las hojas secas arrancadas por la tormenta, las únicas lágrimas que caerán sobre mi tumba.

CASTOR.



CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA.

(Véase el número anterior.)

LA MASCARADA.

(NOVELA.)

(Continuación.)

V.

A los que extrañen que la noche del concierto de la duquesa no miriese un caballero á manos de un lacayo, les diremos que conocen muy mal el carácter del protagonista de esta verdadera historia.

En la mañana que sucedió á la fiesta, amaneció muy tarde en casa del coronel. La señora, que se había acostado con sol, no llamó á su doncella hasta después de las cuatro; y por lo que hace al señor, ni se

había levantado temprano como acostumbraba, ni menos dado razón de su persona.

Admirada Magdalena de este extraño incidente, se resolvió á entrar en el aposento de su esposo. (Hacia algunos meses que vivían separados á causa de la tos que aquejaba con frecuencia al coronel.)

Las puertas del gabinete estaban cerradas como á la media noche, y en la alcoba de Alvarez no se sentía el menor ruido. Lela, sorprendida, descubrió las cortinas del techo, y su sorpresa fué entonces infinitamente mayor cuando se ofreció á su vista el cadáver mas repugnante. Las ropas de la cama estaban en desorden: el coronel, abrazado en el techo tenía los brazos y la cabeza colgando; la sangre que se había agolpado á su rostro, le daba un aspecto horrible: por último, la fétida y humedad del lugar contribuían á temer algunos catás-

trófe. Cuando se abrieron los balcones del gabinete, Magdalena pasó del estado de angustia al de menosprecio: entonces reconoció en su marido las señales evidentes de la embriaguez. Desdichadamente aquel hombre, gastado ya para todos los vicios, se había dado por el más odioso y repugnante.

Amaneció el siguiente día, y traze de él otro y otros sin que se notase más novedad en casa de Magdalena que la variación repentina en el carácter del coronel. Este, que mucho tiempo antes había perdido su buen humor, tornándose de bromista y locoaz en taciturno y reservado, volvió á aparecer tal como era, amable, complaciente, gran fanador, y sobre todo escociente terció para la Ginebra. Ninguna mañana se encontraban en su mesita de noche menos de tres frascos vacíos.

Al volver una tarde á su casa mas temprano que de costumbre, fuese directamente al gabinete de su mujer, en vez de tomar el camino de su despacho. Cuando penetró en él le encontró sola.

—¿Ha venido alguien? le dijo.

—No. Aquí estoy aburrída desde que le marchaste.

—Me alegro.

—¿Par qué?

—Porque entonces ya sé que quien se fuma mis cigarras es tu doncella.

En efecto, el gabinete estaba lleno de humo de tabaco. El coronel salió de allí sin dar lugar á que su esposa se turbase en su presencia. Por la noche llamó al lacayo y le preguntó:

—¿Vive todavía en la misma casa ese caballero para quien sueles llevar esquelas de tu ama?

—Sí señor; vive en la misma casa.

—Pues bien, mañana tendrás que llevarle una mía.

—Está bien, señor.

Al día siguiente á las doce el capitán Alvarez, Magdalena y el coronel se hallaban reunidos en el mismo lugar y con el mismo ó mayor gozo que el primer día de su conocimiento.

—¡Válgame Dios, y cómo se pierde este capitán! ¡Sabiendo que le apreciamos tanto! ¿Qué es de su vida de V., caballero?...

—Las ocupaciones del regimiento me impiden ser todo lo consecuente que debiera con mis amigos. Sin embargo ha venido varias veces; pero cómo siempre daba la casualidad de que estaba V. fuera de casa...

—¿Con que ha venido V?... pues no lo sabía.

—Sí, hombre; ta lo he dicho muchas veces.

—¿No lo has dicho?... Pues no recuerdo... Ya se ve, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Y qué se dice por Madrid? ¿Sin cientos esas voces que corren de que se casa V.?

—¿Casarse yo?

—¿Casarse el capitán?

—Sí, Lela mía, se nos casa. Y parece que no hace mal partido. Joven... hermosa... rica...

—¿Usted se buela, mi coronel?

—¿Qué gana de chanzas tiene mi marido!...

—Hombre, ahora que hablamos de muchachos y de brama, ¿hizo V. algo con aquella chica á quien vino siguiendo la célebre mañana en que nos conocimos?

—Voy á tocar un poquito el piano si á Vds. les parecé.

—Con mucho gusto por mi parte, señora mía.

—Digo esto porque ayer oí decir en el café que habían visto á usted con una muchacha muy linda que vivía... y dijeron las señas de esta tusa.

—¿Qué canta, señoras?

—Lo que V. guste, Magdalena. Yo á todo me avengo, porque todo me entusiasma igualmente; en caso quien deberá indicar será mi coronel.

—Entonces se me ocurrió decir: ¿si será con aquella muchacha que le dió con la puerta en los hocicos?

—Seguramente, con esa debe haber sido.

—Pero es el caso que yo me la encontré esta mañana en la escalera, y como estaba de buen humor, le tiré una puntadilla sobre el asunto. Amigo mio... ¿cómo se me puso!!! ¡Picaro! ¡infame! ¡calumniador!!! decía. ¿No será capaz de referirlo en mi presencia!!!... Por fin estaba hecha una furia. Yo entonces...

—¿Canto la melodía del marinero enamorado?

—¡Oh, sí! esa es la favorita de mi señor coronel.

—¿Con que sabe V. qué he hecho? La he estado para esta hora con el fin de que tengemos un buen rato. Ya poco tardará: al cabo quedarán Vds. amigos.

—Pero mi coronel!...

—Sí, Lela mía, canto la melodía del marinero enamorado: con eso oirá el capitán esa preciosa serenata. Voy antes á referirle el asunto, por si no entiende el italiano.

—Ya creo que en otra ocasión...

—¡Ah! ¿se le he contado á V?... Quiera decir que por si no se acuerda... Suponga V. que el marinero estaba enamorado de su tanga... pero lo que se llama enamorado. Vino un tano á robarsele, y ¿qué hizo? saca un puñal, y zás!!... le atraviesa el pecho de parte á parte.

—¿Cómo? si mal no recuerdo, fué de otro modo lo que V. me contaba...

—¿Fué de otro modo? Pues no tengo presente... ya se ve, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Qué hizo pues el marinero?

—Se durmió.

—¡Ah! ¿con que se durmió?

—El envidioso entonces, aprovechándose del sueño, echó á pique la harguilla.

—¿Con que la echó á pique? Sí, tiene V. razón, ya recuerdo; la echó á pique. Entonces fué cuando el otro sacó el puñal...

—¿Pero qué puñal? si no hay tal puñal. El otro lo que hizo, si no estoy trascordado, fué soñar que le cubrían de flores su canoa...

—Eso es, sí; tiene V. razón: el otro no sacó el puñal, pero debía haberlo sacado... ¿No es esto? Porque una infamia semejante solo la sufre un hombre mal nacido... un miserable... un lacayo, por ejemplo, de esos á quienes se les tiran las cosas á la cara, y ellos lejos de ofenderse, lo toman como una gracia de su señor.—Vamos, canta, Lela mía, canta: quiero oír por última vez tu hermosa voz... Yo viviré ya poco: ¿no es verdad, capitán?

Magdalena, que toda la mañana había tenido una voz limpia y fresca, probó á cantar y estaba enteramente ronca. El capitán, confuso y aturdido, comenzó á buscar en su imaginación una frase oportuna para despedirse; pero no le fué necesario hallarla, porque el coronel sin despegar sus labios dejó el asiento y se dirigió á su gabinete empujándose un libro de Ginebra que llevaba escondido en el gaban. Cuando desapareció de la estancia, el capitán se acercó á Magdalena para decirle:

—¿Qué es eso? ¿está ese hombre loco?

—No, capitán; es peor todavía; ese hombre lo que está siempre es borracho.

Once días permaneció el coronel encerrado en casa desde la mañana que tuvo la entrevista con el teniente. En todo ese tiempo no consintió que se apartase Magdalena de su lado con pretextos más ó menos oportunos, aunque siempre justificados. Solo por la noche se separaban los esposos, y eso con gran sentimiento del marido, según repetía diariamente á su querida Lela. La última de ellas, poco después de haberse despedido, tiró el coronel del cordón de la campanilla, y dijo á su lacayo:

—Fíde á la señora la llave de la caballeriza (Magdalena las guardaba todas) que voy á ver si comen bien los caballos.

La llave de la caballeriza tardaba en venir; pero al coronel no debía hacerle gran falta, cuando en vez de salir á cojerla se encerró en su gabinete, y abrió con suma cuidado el balcón que daba á la calle. Casi al mismo tiempo se abría la cochera de la casa, y salía por ella un embozado á quien al parecer reconoció Alvarez. Volvió á cerrar con el mismo adorno que había abierto, y gritó después desde la puerta de la sala:

—Di á la señora que no se incomode, que hace mucho frío.

VI.

* A aquel encierro inexplicable sucedió una ausencia inexplicable también: durante tres días no paró el coronel en su casa mas que el tiempo necesario para comer y dormir. Nosotros que conocemos sus mas recónditos pensamientos, podemos decir mas: en aquellos tres días ni comió ni durmió.

Llegado el cuarto, el coronel llamó á su esposa, y se encerró con ella en su gabinete.

—No sé si habrá notado, Lela mía, la dijo, que desde hace algunos meses pasamos una vida ménos agradable que al principio de nuestro casamiento. Yo no cantas, no tocas, no sonríes, no andas mi vejez como lo harías antes; yo en cambio paso la vida medibundó, triste, y lo que es peor, entregado á una embriaguez torrada, que va quemando mi alma á la par que abrasa mi cuerpo. ¿En qué consiste esto?

—No lo sé; contestó friamente Magdalena.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues bien, yo si lo sé y voy á decirlo. Esto consiste en que insensiblemente hemos ido perdiendo esa agradable franqueza, esa dulce confianza que constituía en un principio las delicias de nuestra union; consiste en que se han tornado en *majaderías* lo que otro tiempo se llamaban ternuras; en que se ha vuelto mudoz y refino lo que otros días era locuacidad y apego; en que hemos dejado de comer juntos, de pasar juntos, de habitar juntos; consiste en fin, querida

ma, en que yo te parezco cada día mas viejo, y en que tú me parezcas cada día más hermosa.

Magdalena permaneció inmóvil.

—Y bien, ¿qué dices á esto? ¿repones su marido?

—Nada.

—Eso equivale á probar mi pensamiento en todas sus partes, á reconocer la exactitud de mis juicios; eso equivale tambien, ó mucho me engaño, á aceptar el remedio que voy á proponerte.

—¿Lula?

—El de que volváramos á ser lo que éramos.

—¿Me parece imposible! exclamó Magdalena con cierta audacia.

—Tienes razon... dijo el coronel en tono de convicción profunda; pero ¿por qué te parece imposible? añadió con mas naturalidad.

—Porque para ésa era necesario que dejases de ser lo que eres.

—Dices bien, Lula, dices bien; yo me he portado demasiado injustamente contigo. Tienes un buen nombre, grande y merecida reputación, cabellos canos, pero respetables, bienes de fortuna, corazón, amor... y con todas estas miserables cualidades, con todo este cúmulo de defectos, con toda esa cédula de repugnantes vejez, osé á treverme á la mano de una jóven, pobre eso sí, pero abandonada de todos; triste y desatendida, pero codiciada para algunos momentos por lo mas brillante aunque corrompido de Madrid: te acepté como habías sido, como eras, como debieras ser; te aparté de aquel dichoso aislamiento tan precioso á una agridulce miseria; te robé la esperanza de ser la dama de un grande, de gozar las delicias de una odalisca, tal vez de llegar á ser por algunos meses la sulana del mas renombrado harén de la corte. Todo eso hice contigo, Lula mía; pero perdóname: yo te engañé miserablemente; te habíá ofrecido la felicidad, y luego no supe darte mas que lo que has tenido en esta casa. Ya vez si me sobraré razon para arrepentirme de mi conducta.

Calló el coronel: su profunda amargura se dejaba traslucir bien claramente lo mismo en su fisonomía que en sus palabras. Magdalena parecia impre ionada con el relato que acababa de oír.

—¿Y qué quieres decir con eso? exclamó despues de un momento de vacilación.

—Quiero decir, continuó su esposo cada vez mas escitado, que necesito en mis últimos instantes (porque creo que ya no podré vivir mucho), que necesito ahora un poco de agua para mitigar la sed que me abrasa; que necesito un poco de mentira para entreteñer á la verdad que se impaciente; que necesito, Lula, que me engañes para que mi rostro apacible ahora no se cambie en horrible dentro de un momento!

Magdalena se estremeció visiblemente al escuchar esta última frase, porque la fisonomía del coronel experimentó de pronto el cambio mismo que anunciaban sus palabras.

—Bien, bueno, se apresuró á decirle, yo haré lo que desees; me prestaré á todo lo que exijas, satisfaré el menor de tus caprichos; habla, y conocerás si estoy dispuesta á complacerte.

Quéz el temor inspiró á la esposa este humillísimo razonamiento; pero aunque el tono con que fué pronunciado desdecía algo de la verdadera expresion de las palabras, el coronel pareció tranquilizarse según el completo giro que experimentaron su rostro y sus ademanes.

—Ah, así me gusta, señora mía, dijo entonces con su habitual amabilidad; eso se llama ser una jóven razonable. Ya conocerás, Lula, que cuando te hablaba así, tendría muy graves motivos para estar alterado. Nuestra sagrada union me impone el deber de no ocultarte nada, y voy á hacerte partícipe de mi secreto. Sabé, Lula, que estoy amenazado de una catástrofe.

—¿Cómo!

—¿Horrible!

—Pero ¿cuál? ¿dónde? ¿por qué?

—Dentro de pocas horas voy á batirme.

—¿Con quién? exclamó la esposa sobrecogida de espanto.

—Con un quidam á quien no conozco.

—¿Pues entonces!...

—Voy á decirte. Hay en este duelo circunstancias tan estrañas, que me le hacen temer mas que la misma muerte.

—¿Habla!

—Suponte que voy á batirme por un amigo de muchos años á quien un plisaverde trató ayer de poner en ridiculo, enseñando en la calle de la Montera cartas de su esposa.

—¿Y eso es bastante para...?

—Sí, hija mía, eso es bastante. Sean ó no auténticas estas cartas, la honra de un amigo debo yo defenderla con mi sangre. El no sabe nada; pero esta circunstancia es precisamente la que mas ha turbado mi espíritu; porque como vielo la vista hácia mí y me veo viejo, achacoso... enfermo... y tú tan jóven... tan linda... Perdóname, Lula, me asalta tanto la idea de una posibilidad!... ¡ah! perdóname, si, soy un insensato... Me olvido de que eres tú la que juró conmigo en fe.

Si Magdalena temblaba en este momento, nadie le hubiera conocido. El coronel continuó:

—Pues como tú decías, mi amigo no sabe nada; pero esto mismo me ha obligado á meditar por él. ¿Y sabes que es horrible todo cuanto se piensa de un hecho semejante? Supon que el marido conoce su debilidad y decide tomar parte en el asunto; ¿qué caminos se le ofrecen? ¿la venganza ó el desprecio. Para vengarse dicen que necesita batirse; y en este caso, ó muere, y entonces tras de la deshonra el martirio; ó mata, y entonces tras de la deshonra el crimen. Tú dirás: pues que desprecie!... Si desprecia y lo ignora el mundo, se toma por necio, por mentecato, por bobo, está perdido; si desprecia y el mundo sabe que desprecia, le llaman cobardo, sin pudor, viliano, está deshonrado. —Pero aun le queda un medio, podré decirme: que apelo á la justicia de los hombres, que llame en su ayuda la fuerza de la ley. ¿Sabes tú lo que para ese pobre marido ha dispuesto la justicia de los hombres? Que cele á su mujer, que la vigile noche y día, que la sorprenda en brazos de su rival, ¿entiendes? en brazos de su rival, pues de no ser así, pierda todo derecho; que entonces alborote, escandalice, entore de su vergonzosa posición á todo el mundo, y cuando esto haya sucedido, que alee un puñal asesino y taladre con él traidoramente el pecho de su rival y el de la madre de sus hijos. Esa es la justicia de los hombres. Ellos han dicho: si abandonamos al desgraciado, tiene que optar entre la deshonra ó el crimen; pues bien, amparemosle con la ley, y entonces que lave su frente con el asesinato y la deshonra. ¿Sabes que es horroroso todo esto? ¿Sabes que sería necesario inventar un nuevo suplicio para la mujer que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asunto merece la pena de pensar en ello?...

—Si, tienes razon, exclamó Magdalena conmovida, eso es horroroso!... Pero tú no te batirás, no querrás proponerme para mi pesar como ese á tus años... con tus achaques... con tus...

—¿Pobrecilla!... ¿Temes que ese tintero vana en el combate?

—¿Crees que con mi experiencia y mi brazo peligrará mi vida? No, tontería, un arañazo mas ó menos, y hasta otra vez. Con que, Lula, es necesario aprovechar los momentos... porque... ¡qué diablo! tambien puede tocarme la chispa, y entonces todo acabó. Con que vamos, haya entre nosotros un instante de dichis como en los días primeros de nuestra felicidad. Sé cariñoso, complaciente, ámame siquiera esta vez, y quizá quizá hasta desista de ese pícaro duelo que tanto y con tanta justicia me ha afectado. ¿No es verdad que tú desearas agradecerme siquiera esta vez?

—Prométeme antes que desistirás... ¡Pmmdímelo, y volveremos á ser felices como el primer día!

—¿Felices?... Pues bien, te lo prometo, no me batiré hoy.

—¿Hoy! pero ¿y mañana?

—¿Mañana! ¿quién sabe lo que puede suceder mañana?

—Es decir que recusarás tu compromiso de hoy?

—Lo escusaré.

—Pues entonces manda, ordena, soy tuya enteramente.

—Prométeme tú no llamarme majadero?

—Te lo prometo. ¿Qué es lo que desear?

—Quería que volviéramos á aquellos felices días en que pasábamos la vida hechos unos verdaderos muchachos; tú, porque estabas en la edad de ellos; yo, porque á tu lado había conseguido rejuvenecerme. Quédate te vas á reír de mis tonterías... Pero figúrate que nos vemos ahora por primera vez; que tú gustas de mí, y que yo me prendo de tus gracias; figúrate que nuestro amor ha nacido sin motivo plausible, porque tú te hallas bien al lado de tu madre y yo puedo encontrar otra jóven cualquiera que sea de mi agrado; pero figúrate que ese amor ha nacido, figúrate tambien que tu madre sospechando nuestras relaciones ó habiéndonlas sorprendido, se opone á nuestro gusto y te vela y te vigila y te prohíbe salir á la calle y hasta asomarte á los balcones; figúrate que queremos hablarnos, y que tú á hortadillas de tu madre coges una pluma (el coronel va haciendo gacucutar á su esposa cuanto dice), un pedacillo de papel, y escribes: anda, escribe; pon ahí lo que yo te vaya dictando. La ilusion ha de ser completa.

«Alvarez, ya sabes que no podemos vernos como antes, pero hoy tengo esperanzas de que pasemos algunas horas juntos. Ven dentro de una hora á lo mas, y espérame en la cochera del patio. Si yo puedo ir allí, iré; si no voy es que tú puedes subir, y hablaremos con mas comodidad.»

—Pon: Magdalena: esto es, firmada y todo. Figúrate ahora que llamas al criado. ¡El criado tira de la campanilla, y se presenta el lacayo. Tómala (le dice), lleva esta carta adonde llevabas las otras (que es precisamente á mi casa) ¡el criado recibe la esquila y desaparece. ¿Ves? el criado toma la carta como lo ha hecho, y la lleva á mi casa; la abra, la lee (esto no está sucediendo, porque ese bruto de lacayo se lleva la esquila ignorando la broma que traemos entre manos). Pero supon que la lee: «Magdalena (le contesto) ¡el coronel toma la pluma y escribe, tu esquila debía sorprenderme, pero el amor con obstáculos es tan ciego, que no veo en ella nada que me sorprenda.»

Dentro de una hora estaré dondè me dices; allí destruiremos el fondo de la canoa mientras la infeliz de tu madre crea que estamos adorándola de flores...

—¿Qué dices?... interrumpió Magdalena asombrada, ¿has perdido el juicio? ¿qué carta es esa que estás dictando?

—¿Lo ves, Lela? al fin no has podido menos de rebelarte con mis majaderías. Pero dejemos esto, qué mas parece juego de niños que pasatiempo de amantes. ¿Sabes lo que pienso? Que salgamos á dar un paseo en la carretela. ¿Querrás?

—¿Por qué no?

—Voy á decir que enganchemos.

(Conclutrá.)

JOSÉ DE CASTRO y SERBANO.

ÉGLOGA URBANA. (1)

(Á MI AMIGO D. JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.)

...de montibus umbræ.

Paseando está Juanita,
madrileño encanto y gala,
del Neptuno á la Cibeles
aprisionando las almas;

Pero ¡ay que siente la suya
agitarse en vivas ansias,
y á los suspiros no atiende
que le envian cuantos pasan!

En sus rizos de azabache
no ha prendido rosa blanca,
ni artero los va agitando
su abaniquito de nácar.

La blonda de su mantilla
no la molesta ni enfada,
ni el pié brevisimo enseña
al ondular de la falda.

Ve á Juan, y no se sonríe:
mira á Diego, y no se pasma;
llega Gil, y no murmura;
váse Pepe, y no se cansa.

Los ojos, cuya color
noche lóbrega envidiara
para su manto, no buscar
lo que otras veces buscaban.

Sus párpados entretienen
tal vez indiscreta lágrima:
su labio en púrpura tinto
ni aun para quejarse habla.

Peró da el túrgido seno
que ocultan sutiles gasas
ocasion á que la mente
prorumpa en tales palabras:

—«¡Ingrato! ¡y así me huyes?

»¿así dejas á tu Jusna?

»Cada paso que te alejas

»¡ay! retumba en mis entrañas.

»No soy tan fea, Gonzalo,

»que hoy no me dijese el aya:

»señorita, el mismo cielo

»envidia esa tez nevada,

»Y el carmin de esas mejillas

»que en las de la aurora falta,

»y el brillo de esos luceros

»que no lo tiene el del alba.

»Vuelve, vuelve, mi Gonzalo;

»deja á esa Inés tonta y vana;

»que el oro no hace dichosos,

»é Inés no tiene otras gracias.»

Esto pensaba gimiendo

Juanita la desdenada,

cuando el otro repetía

en el fondo de su alma:

—«Llora, muger, llora, llora

»mientras yo no diga basta:

»con Inés andaré en coche:

»contigo andará á gatas.

(1). Véase una égloga virgiliana del señor Tejada, que publicamos en el número 51 del SEMANARIO de 1852, y que ha motivado la presente égloga urbana.

»Y esta cinta, última prenda

»que de tu amor conservaba,

»de mi jockey en la gorra

»será divisa encarnada.»

En esto cayó la tarde,

la oscuridad se levanta,

pugnando por confundiría

los tubos que el gas inflama;

Y dos viejos van diciendo

al retirarse á sus casas:

—«Tanto mal no tiene cura;

»¡maldita ambicion humana!»

7 febrero, 1855.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

ESTRILLA.

Todos, niña, te dicen
que eres hermosa,
de lindos ojos,
de lindo talle,
de linda boca.

Que son tus dulces ojos
de vivo fuego,
todos lo dicen,
todos lo cantan,
yo nó lo niego.

Que es de arcángel tu talle,
Celinda amada,
yo nó lo niego,
todos lo dicen,
todos lo cantan.

Que tienes en tu boca
preciosas perlas,
todos lo dicen,
todos lo cantan,
nadie lo niega.

Que en la luz de tus ojos
muero de amores,
nadie lo diga,
nadie lo cante,
tú nó lo ignores.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz, 1844.

Los celos indiscretos de la muger no producen por lo regular otro efecto que hacer al marido inconstante. Una señora discreta á quien dijeron que su marido cortejaba á muchas mujeres hermosas, respondió:

—Poco me importa que mi marido pasé su corazon todo el dia, con tal que á la noche me lo traiga á casa.

Un hombre enfermo de amores guardaba cama. Un amigo suyo vino á verle y halló á su dama que salía del cuarto. Preguntó luego al enfermo cómo le iba de salud, y él le dijo:

—Se me acaba de quitar la calentura.

—Tienes razon, le dijo el otro, pues la he encontrado en la escalera.

El duque de Rispernon padecía muchas distracciones, de suerte que sus necedades vinieron á quedar como un proverbio; una de ellas era preguntar si los perros del rey iban á caza á pié.

Un autor puso al frente de un libro de devocion que escribió la siguiente carta dedicatoria: «A la Santísima Trinidad. Señora: ofrezco á los piés de vuestra sacra persona con el mas profundo respeto este tributo de alabanzas que se os deben.»

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Altamira.